

Estas son las ropas tuyas, y los brazos, señora, éstos, que en defensa de tu fama serán del honor trofeos. Mira lo que determinas, que, si tomas mi consejo, huyendo de los peligros sale victorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí; que pues hoy del lobo fiero la inocencia de mi fama has defendido, no tengo blasón mejor con que honrarte: yo pagaré lo que debo á tu generoso trato con largos y nobles premios. Estos vestidos infames tu verdad abonan, puesto que tal vez juraran falso si á Josef doy por ejemplo. Vamos á Jerusalén, donde, con honroso trueco, justos premios satisfagan la nobleza de tus hechos, y donde, libre y seguro, juzgue el aborrecimiento descortes desacatos del atrevido idumeo. ¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.

MARIAD. Hacerte claro prometo entre cuantos la privanza sobre sus alas ha puesto.

HERODES. Dame á besar esas manos. ¡Oh amor criado en enredos, con bien de aqueste me saca, labraréte de oro un templo! Atado al tronco dejé un caballo de aquel cedro, sube en él, será la aurora que va delante de Febo. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ, ELIACER, EFRAÍM y los PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija, quebró el cristalino espejo en que la naturaleza se miraba.

FASELO. Si esto es cierto, en túmulos lastimosos los tálamos de Himeneo ha convertido la envidia, cuando á desposarme vengo. De mi vida á su memoria la haré sacrificios tiernos, sin que á restauralla basten persuasiones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. (Entran.)

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí! ¿cómo vivo, pues que muero? (Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña sino es en su pobre suelo unas pajas miserables, y entre sayales groseros estos curiosos y nobles. (Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!

HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija? ¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablemos?

FENISA. ¿No le juimos á llamar? ¿no la pusimos ahí dentro, quemando porque oliscaba á manojos el espliego? Quizá quien la agarró el alma volvió después por el cuerpo, ó la comió.

FASELO. ¿Estos vestidos de mi hijo?

HIRCANO. Sin duda estos villosos.

TIRSO. ¡Aún peores!

ARISTÓB. ¿Hay más?

HIRCANO. ¿Qué es?

FASELO. Mi sol.

PACHÓN. ¿Hay más?

HIRCANO. ¡Oh criatura que prometiste ser un ángel!

PACHÓN. No les digas nada.

HIRCANO. Prendedlos.

PACHÓN. Fenisa.

FENISA. Más.

HIRCANO. ¡Ay! No cederé.

ARISTÓB. Yo.

PACHÓN. ¿De dónde?

PACHÓN. en el templo.

Salen MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre en las hierbas menudas que marchita y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita mi deshonra y su bárbara venganza por la ocasión que tu valor le quita, entre estas sombras que el rigor no alcanza, y en cuyas hojas leves representa á los tiempos el viento su mudanza, premiada tu lealtad tome á su cuenta principios de favores que te debo, y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo estos cedros y palmas, gran señora, de la ventaja y dicha que les llevo; quisieran ellos humillar agora sus elevadas cumbres y cabezas

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia y á Demóstenes puedes compararte, ¿cómo, falto de letras y experiencia, utilizas conceptos y palabras y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia? Y aunque el misterio á mis enigmas abras, con respuestas que ignoro y dificulto; dime si al sol y al aire riges cabras y su inclemencia por el monte inculto los rostros tiraniza, pues los yerra como si el ver sus rayos fuera insulto. Si el cultivar la siempre fértil tierra paga surcos en callos que en las manos por la dureza imitan á la sierra, ¿cómo injurias afeites cortesanos, siendo excepción de generales leyes?

Acabo de comprar en ésa librería unos tomos de la Biblioteca de Autores Españoles, pero uno de los tomos está trunco, por ser unicamente el primero, y ademas me confundí en el título pues yo desea Romanes, por lo cual suplico a Uds. se sirvan cambiarme dicho tomo, bien sea por las obras de Tirso de Molina, en dos tomos, por las de Los Libros de Caballeria, tambien en dos tomos, y al efecto con el portador les remito el Cancionero mas \$3.00, Gracias.

Si Añemen los Romanes preferiria cambiulo por estos.

los que en techos míseros asisten; que aunque es verdad que los ingenios nacen delicados, tal vez en cualquier parte, los oradores con el uso se hacen, ó la naturaleza pule el arte.

que el Rey del sacro monte que á Salomón dió cedros para que el templo corte y Hiram el mundo llama, se honra con el nombre



Estas son las ropas tuyas,  
y los brazos, señora, éstos,  
que en defensa de tu fama  
serán del honor trofeos.  
Mira lo que determinas,  
que, si tomas mi consejo,  
huyendo de los peligros  
sale vitorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí;  
que pues hoy del lobo fiero  
la inocencia de mi fama  
has defendido, no tengo  
blasón mejor con que honrarte:  
yo pagaré lo que debo  
á tu generoso trato  
con largos y nobles premios.  
Estos vestidos infames  
tu verdad abonan, puesto  
que tal vez juraran falso  
si á Josef doy por ejemplo.  
Vamos á Jerusalén,  
donde, con honroso trueco,  
justos premios satisfagan  
la nobleza de tus hechos,  
y donde, libre y seguro,  
juzgue el aborrecimiento  
descortes desacatos  
del atrevido idumeo.  
¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.  
MARIAD. Hacerte claro prometo  
entre cuantos la privanza  
sobre sus alas ha puesto.  
HERODES. Dame á besar esas manos.  
¡Oh amor criado en enredos,  
con bien de aqueste me saca,  
labraréte de oro un templo!  
Atado al tronco dejé  
un caballo de aquel cedro,  
sube en él, será la aurora  
que va delante de Febo. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ,  
ELIACER, EFRÁIM y los PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija,  
quebró el cristalino espejo  
en que la naturaleza  
se miraba.

FASELO. Si esto es cierto,  
en tómulos lastimosos  
los tálamos de Himeneo  
ha convertido la envidia,  
cuando á desposarme vengo.  
De mi vida á su memoria  
la haré sacrificios tiernos,  
sin que á restauralla basten  
persuaciones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana  
quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. (Entran.)

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí!  
¿cómo vivo, pues que muero?

(Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña  
sino es en su pobre suelo  
unas pajas miserables,  
y entre sayales groseros  
estos curiosos y nobles.

(Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!  
HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija?  
¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablenos?

FENISA. ¿No le juimos á llamar?  
¿no la pusimos ahí dentro,  
quemand

á manoje

Quizá que

volvío de

ó la comen

algunos

FASELO. ¿Estos v

de mi he

HIRCANO. Sin dud

estos vil

TIRSO. ¡Aún po

ARISTÓB. ¿Hay m

HIRCANO. ¿Qué es

FASELO. Mi sol,

PACHÓN. ¿Hay s

le dé u

promet

HIRCANO. ¡Oh cr

que pe

homic

dos so

que de

enterr

PACHÓN. No le

si es c

cera H

HIRCANO. Prenc

desco

hasta

PACHÓN. Fenis

FENISA. Más

HIRCANO. ¡Ay

No d

de e

que

ARISTÓB.

PACHÓN. Yo

FENISA. ¿De

PACHÓN.

en

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen MARIADNES y HERODES de pastor.

MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre  
en las hierbas menudas que marchita  
y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita  
mi deshonor y su bárbara venganza  
por la ocasión que tu valor le quita,  
entre estas sombras que el rigor no alcanza,  
y en cuyas hojas leves representa  
á los tiempos el viento su mudanza,  
premiada tu lealtad tome á su cuenta  
principios de favores que te debo,  
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo  
estos cedros y palmas, gran señora,  
que los llevo

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia  
y á Demóstenes puedes compararte,  
¿cómo, falto de letras y experiencia,  
sutilizas conceptos y palabras  
y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?  
Y aunque el misterio á mis enigmas abras,  
con respuestas que ignoro y dificulto;  
dime si al sol y al aire riges cabras  
y su inclemencia por el monte inculto  
los rostros tiraniza, pues los yerra  
como si el ver sus rayos fuera insulto.  
Si el cultivar la siempre fértil tierra  
paga surcos en callos que en las manos  
por la dureza imitan á la sierra,

*Nota - Las facturas que se verifican antes de vencer el plazo, tendrán un descuento de 1 por ciento mensual por el tiempo que falta.*

*Acordo en comprar en las Librerías unos tomos de las Bibliotecas de autores españoles, pero uno de las tomos está roto, por ser únicamente el primero, y además me continúa en el título.*

*quiero yo deese Romanesca, por lo cual emplico a Uda. se alivan cambiarlos dichos tomos, bien sea por las obras de D. B. S. M.*

*No repetimos de la Oficina de Impresión de S. J. J.*

*seguirá, favoreciendo con sus fincas apreciadas pedidas.*

*Constatamos plena satisfacción con nuestros productos y que nos confiamos con la cual nos honra, y en espera que S. J. J.*

*Desde nuestras repetidas gracias por la*

*El importe de la presente factura, sea*

*sea pagadero en Francia el*

en idiomas de corte artificiales,  
los que antiparas toscas cual tú visten,  
con palabras groseras satisfacen  
á los que en techos miseros asisten;  
que aunque es verdad que los ingenios nacen  
delicados, tal vez en cualquier parte,  
los oradores con el uso se hacen,  
ó la naturaleza pule el arte.

discreta los conoce,  
sabrás, hermosa Infanta,  
que el Rey del sacro monte  
que á Salomón dió cedros  
para que el templo corte  
y Hiram el mundo llama,  
se honra con el nombre



de padre mío, puesto  
que injuria estos blasones.  
Fertilizó su sangre  
en himeneos conformes,  
el cielo con tres hijos,  
los dos dellos varones.  
Y siendo yo el pequeño,  
mis años corresponden  
al grado en que he nacido  
que en dichas son menores.  
Como perdí el derecho  
al reino, que dispone  
su herencia al mayorazgo,  
porque los demás lloren,  
mis quejas satisfizo  
con darme en fuerzas dobles  
para un alma de cera  
un corazón de bronce.  
Dispúsome á la guerra,  
que en ella inclinaciones  
dan á segundos hijos  
riquezas y opiniones.  
Y haciendo alarde al viento  
de plumas y atambores,  
de galas á Cupido  
y á Marte de escuadrones,  
salí contra el de Arabia  
que, descuidado entonces,  
pagaba en verdes años  
censo en deleites torpes.  
Vencíle, brevemente,  
que ahorrando digresiones  
no con prolijos cuentos  
pretendo que te enojés;  
dándole, pues, la muerte,  
á su vivir conforme,  
di á mis hazañas reinos  
y á mi valor renombres.  
Y mientras que permito  
que afrenten y despojen  
tesoros y hermosuras  
soldados vencedores,  
en una galería  
entré, que en artesones  
dorados eran suma  
del cielo y de sus orbes.  
Caía á un jardín bello  
por cuyos corredores  
jazmines frescos eran  
escalas de sus flores.  
Colgaban sus paredes  
pinceles triunfadores  
de la naturaleza,  
cuyas ostentaciones  
bellezas celebraban,  
robaban corazones  
y daban almas vivas  
alientos y colores.  
En medio estaba un cuadro  
y en él (no sé cómo ose  
pintarle sin su injuria  
mi lengua agora torpe)  
un fénix de belleza,  
poco dije, perdone  
la diosa enamorada  
que en rosa volvió á Adonis.  
Yo sé que si la viera

el dios del cuarto coche  
causara nuevos celos  
á Clicie y á Leucote;  
menospreciara á Onfale,  
el que la rueca pone  
por el mayor trofeo  
de sus trabajos doña.  
Mas, para no cansarte,  
si quieres que la copie,  
mírate en el espejo  
de ese cristal que corre,  
que estando tú presente,  
porque su vista goce,  
no hay para qué sutiles  
buscar comparaciones.  
Metieronla en el alma  
ojos aduladores,  
pagando, como el Griego,  
hospicios con traiciones.  
Y yo sin mí y con ella  
volví á ostentar perdones,  
dando á mi patria vuelta  
que con festivas voces  
sus Venus y Narcisos,  
de amor aduladores,  
alegres me esperaban  
con triunfos y ovaciones.  
Mi padre y dos hermanos,  
no sé si así los nombre,  
quisieron por mi cuello  
desocupar balcones.  
Y oyendo parabienes,  
gozando aclamaciones,  
cantándome victorias  
Homeros y Anfiones.  
Veo á mi padre ingrato,  
¡ay si muriera entonces!  
del Rey Orbel de Lidia  
honrando embajadores.  
Traíanle el retrato  
de la Princesa Doris,  
y el sí con el de esposa  
para mi hermano Orontes.  
Pagaba el Rey albricias  
con gracias y con dones,  
y el Príncipe lozano  
exageraba amores.  
Cuando los dos me dicen:  
—«A tus victorias nobles,  
añade, Periandro,  
la dicha que hoy conoces  
en tu mayor hermano,  
pues es ya su consorte  
el sol que á Lidia alumbra  
en tálamos conformes.»—  
Dejaronme el retrato,  
solicitos disponen  
recibimientos reales;  
mandan que palios borden,  
triumfales arcos labran  
con versos y con motes,  
ya ingenios muestran prendas  
que premien intenciones.  
Partieronse, al fin, todos,  
y yo, como quien oye  
la capital sentencia  
si impróvido le coge,

estatua fui de mármol  
por dos horas, inmóvil,  
que repentinas penas  
suspenden las acciones.  
Pero volviendo en mí,  
furioso de que roben  
tesoros de esperanzas  
tiranos salteadores,  
cual onza que los hijos  
le llevan cazadores,  
partí desesperado;  
y sin saber por dónde,  
sin seso y sin camino,  
mil veces con mil voces  
enmudecí las aves  
y lastimé los montes.  
Llegué al fin á un desierto  
rasgando el traje noble  
(que mal sufrirá abrigos  
quien un volcán absconde),  
y allí, á no socorrieme  
solicitos pastores,  
fuera sin duda presa  
de tigres ó leones.  
En fin: determinado  
de huir soberbias cortes,  
destierro de verdades  
y amparo de ambiciones,  
compuse una cabaña  
de ramos y de adobes  
donde pobreza rica  
huyen riquezas pobres.  
Pero, cuando gozaba,  
en vez de aduladores,  
por dulces compañeras  
mis imaginaciones,  
una apacible tarde,  
umbrales de la noche,  
que el cielo se vestía  
rosados arreboles,  
veo venir huyendo  
una mujer de un hombre,  
si aquel que gustos fuerza  
es digno deste nombre.  
Opúseme á su furia  
con pasos tan veloces,  
que á un tiempo le alcanzaron  
mis pasos y mis voces.  
Y siendo el instrumento  
de su castigo un roble,  
á su torpeza y vida  
dió fin un solo golpe.  
Volví á ver mi agraviada,  
y hallé que los colores  
de nieve y rosicleres,  
con un desmayo enorme,  
en gualdas y violetas  
trocaba, dando entonces  
premisas á la muerte,  
obsequias á las flores.  
Pero, reconociendo  
sus eclipsados soles,  
originales bellos  
de aquella imagen noble  
que el alma me ha robado  
agravios y favores,  
agradecí con quejas

al ciego amor sin orden.  
¿Qué hallazgo tan divino  
con tal pesar congoje?  
Mas ¿cuándo dió el amor  
deleites sin dolores?  
Cogila alegre y triste  
en brazos, y sirvióme  
al cuello de cadena  
libre en tales prisiones,  
y en un grosero albergue,  
sobre unas pajas pobres,  
deposité aquel cielo  
de amor primero móvil.  
MARIAD. Pastor ilustre, espera,  
primero que provoques  
sospechas que en el alma  
engendran mis temores.  
Con la verdad me engañas,  
pues pienso que propones  
sucesos de mi vida  
trocando el reino y nombres.  
Casi lo que refieres,  
antes que el cuento tornes,  
para pintar mi historia,  
te da falsos colores.  
Yo debo ser, sin duda,  
la que, llamando Doris,  
cuando á Faseló aguardo,  
me das por dueño á Orontes.  
¿Qué es esto?  
HERODES. Infanta bella,  
sosiega y no te asombren  
sucesos que á las veces  
hermanan ocasiones.  
No es esta la primera  
que en dos distintos nombres,  
naturaleza sabia  
un mismo rostro forme.  
¿Qué mucho, pues, que así  
amor sujetos forje  
con cuya semejanza  
engendre admiraciones?  
MARIAD. No sé qué diga en eso,  
tú mismo me responde,  
y acaba de sacarme  
de tantas confusiones.  
HERODES. Quedaba de mi historia...  
MARIAD. En que dejaste á Doris  
dando con su desmayo  
á amor ponderaciones.  
HERODES. Viéndola, pues, así,  
y que para que goce  
cabellos la ocasión  
al viento los descoge,  
su poca resistencia,  
la soledad de un monte  
y, en fin, amor que ciego  
casi imposibles rompe,  
por poco me vencieran  
con necias persuasiones  
á que el valor olvide  
y que la honra postre.  
Mas la razón, que cuerda,  
noblezas reconoce,  
ató al atrevimiento  
deseos y ocasiones.  
Pues sólo satisfecha



con que la vista goce  
despojos sin injuria  
del sol que es bien que adore,  
licencia dió á los labios  
para que, mientras cogen  
el ámbar de su aliento  
se impriman en sus flores.  
Pero antes que prosiga  
mis lícitos amores,  
bellísima señora,  
¿qué hicieras tú si entonces,  
volviendo del desmayo,  
sirvieran de eslabones  
tus brazos de marfil  
al cuello de quien oyes?  
¿Y más, si satisfecha  
de las obligaciones  
con que amparó tu fama,  
supieras que aquel hombre,  
abeja de tus labios,  
atrevimientos nobles  
ejecutando en ellos  
gozó tales favores?

MARIAD. Aunque con tal pregunta  
en confusión me pones,  
y á sospechosas dudas  
indicios das mayores,  
no sé si agradecida  
á que por él no lllore  
mi honra restaurada  
agravios violadores,  
pagara resistencias  
de un apetito torpe  
con dalle honestos frutos  
á quien sus rosas coge.  
Y si al contrario desto  
contigo lo hizo Doris  
y ingrata dió á tu hermano  
de esposa mano y nombre,  
engaño á su honor hizo,  
pues necia defraudóle  
primicias usurpadas  
de labios ya traidores.  
Mas de eso, ¿qué coliges?

HERODES. ¡Oh, juez sin pasión! Oye...  
mas no podrás, que vienen  
tus viles ofensores;  
mi vida con tu fama  
á cargo el valor tome,  
pues no es bien que consienta  
que nadie te deshonre.

MARIAD. ¡A y Dios! ¿Por dónde vienen?  
HERODES. Vuelve los claros soles,  
podrá ser que los ciegos;  
veráslos que trasponen  
aquel verde collado.

MARIAD. Y yo, porque te asombre,  
pues el valor me anima  
de mis antecesores,  
ofreceré á las aras  
que el mundo al honor pone  
la vida, antes que el mío  
sus viles manos toquen.  
Mas ¿qué es de ellos?

(Mientras ella vuelve á ver los que vienen,  
se quita el sayo rústico y queda en calzas  
y jubón de tavi muy bizarro.)

HERODES. Aquí  
tus dos ojos vencedores,  
de amor siempre invencible,  
verán metamorfosis.  
Yo soy, hermosa Infanta,  
quien triunfos y blasones,  
como á deidad suprema.  
hoy á tus plantas pone.  
Pintada me rendiste  
y viva echas prisiones  
á un alma que allá tienes,  
feliz si la conoces.  
Halléte casi muerta  
y sin testigos, donde  
pudieran apetitos  
vencer obligaciones;  
pero mi amor hidalgo  
alegre contentóse  
con que pagasen labios  
deseos acreedores.  
Juez fuiste de ti misma  
en tribunal de flores,  
sentencias ejecuta  
y agradecida ponme  
en posesión de gustos,  
que, como trueque el nombre  
de amante en el de esposo,  
en láminas de bronce  
escribirá á los tiempos  
de Doris y de Orontes  
engaños verdaderos  
tu siempre esclavo Herodes.

MARIAD. Basta: que en Palestina  
también nacen Sinones  
que ofrezcan entre enredos  
á Troya Paladiones.  
No quiero revocarte  
sentencias que di á Doris,  
y pagará Mariadnes,  
no con ponderaciones  
culpar atrevimientos,  
agradecer favores,  
loando resistencias,  
encareciendo acciones.  
Ya Febo ha permitido  
que sus caballos mojen  
sus crines en el mar  
y estrellas da á la noche.  
Ocupa, Infante ilustre,  
de aquése los arzones,  
que yo, alegre en sus ancas,  
hoy mostraré á la corte  
que amor es coyuntura;  
sus dichas, ocasiones;  
sus armas, cortesías;  
mudanzas, sus blasones.  
Perdonará Faseo,  
y cuando no perdone,  
¿qué importa, como sea  
esposo mío Herodes?

HERODES. Dame á besar cristales,  
mientras que se corone  
mi cuello de tus brazos.

MARIAD. Celosa estoy de Doris,  
con ser dama fingida.

HERODES. ¿Por qué, si no es Orontes  
quien idolatra en tí?

MARIAD. ¿Pues quién eres?  
HERODES. Herodes.

## ESCENA II

Sale HIRCANO.

HIRCANO.

No ha el sol de destrenzar cabellos rojos  
tras el aurora fría  
en el purpúreo Oriente  
sin ver salir dos mares de mis ojos  
que aneguen cada día  
memorias de tu pérdida inclemente;  
ni con pincel valiente  
podrá la primavera  
juntar alegres prados  
que alivien mis cuidados,  
por más que esmalte flores lisonjeras,  
sin dalles mis congojas  
más lágrimas que brota en Abril hojas.

## ESCENA III

Sale ANTIPATRO. — DICHO.

ANTIPATRO.

No agostará los campos el estío  
con pálida guadaña  
cuando á abrasallos llegue,  
sin que el prolijo y caudaloso río  
que mis mejillas baña,  
hijo querido, aquestas canas riegue,  
ni porque rico llegue  
otoño generoso  
de frutos adornado,  
que sabio ha sazonado,  
y ofrece al hortelano codicioso,  
de mí tendrá otro fruto  
que lágrimas, mi Herodes, en tu luto.

## ESCENA IV

Sale ARISTÓBULO. — DICHO.

ARISTÓBULO.

No de plata escarchada hará el Diciembre  
al suelo bordaduras  
y alfombras al invierno,  
que impida, hermosa hermana, que no siembre  
entre lágrimas puras  
penas que den por fruto llanto tierno,  
mi desconsuelo eterno,  
Mariadnes querida,  
mientras que me faltares  
y viviere sin ti con media vida,  
convirtiendo mis gustos en pesares  
cada vez que se acuerde  
obsequias llorará del bien que pierde.

## ESCENA V

Sale FASEO. — DICHO.

FASEO.

Viudo antes que casado, quiso el cielo,  
mi Mariadnes bella,

que tu pérdida llore,  
no merecía tu hermosura el suelo,  
sino que vuelta estrella  
tu belleza en su zona el sol decore,  
por que en ella te adore  
la esfera que te abraza;  
maldiga el hado fiero  
al inventor primero  
que á riesgo puso en la silvestre caza  
la vida, de quien pierde  
por un liviano gusto su edad verde.

## ESCENA VI

Sale SALOMÉ. — DICHO.

SALOMÉ.

Si blasonas ser Dios, ¿por qué maltratas,  
amor, á quien sujeto  
te da el alma en tributo?  
Si te precias de dar, ¿por qué dilatas  
el premio que el discreto  
es árbol que en dar luego dobla el fruto?  
Galas truecas en luto,  
y faltando mi hermano  
con la Infanta, haces vano  
con deseo que alienta mi esperanza;  
pero en el mar de amar siempre hay mudanza.

HIRCANO.

Cubrid de jerga negra mi palacio,  
fúnebres instrumentos  
imiten mi tristeza,  
dad muerte á esos traidores tan despacio  
que duren sus tormentos  
lo que mi mal, que cuando acaba empieza;  
adornad mi cabeza  
en vez de la diadema  
y tiara suprema,  
que tal caída ha dado á mi grandeza,  
de ceniza, y mi vida acabe en ella,  
pues falta Herodes y Mariadnes bella.

## ESCENA VII

Salen MARIADNES Y HERODES, éste se retira. — DICHO.

MARIAD. Si las muestras de dolor  
con que se enluta tu corte  
son por mí, padre y señor,  
mi vista su mal reporte,  
mis brazos paguen tu amor.

HIRCANO. Hija mía: al pecho llega  
esa luz sin la cual muerto  
en desconsuelos se anega;  
que no alegra tanto el puerto  
al que sin velas navega;  
el perdón al sentenciado,  
el tesoro al avariento,  
los despojos al soldado,  
la fuente fresca al sediento  
y el tálamo al desposado,  
como tu alegre venida,  
cuanto menos esperada,  
tanto más agradecida,  
pues da á mi vejez cansada  
prolongación de su vida.



ASTIRÓB. Quien por muetra os ha llorado,<sup>1</sup>  
bella hermana, ¡qué consuelo  
sentirá cuando os ha hallado!

FASELO. Albricias pida á Faseo  
su amor ya desesperado  
y mis brazos galardón  
de su pasada tristeza.

SALOMÉ. Lloraba la dilación  
que daba vuestra belleza  
á mi amante corazón;  
mas ya que con vos se ve,  
en su esperanza primera  
mi gozo restauraré.

HIRCANO. Mirad, Infanta, que espera  
vuestros brazos Salomé  
y el Rey Antipatro, á quien  
debe tanto mi corona  
y es vuestro padre también,  
dándoos su hijo, pregona  
triumfos á Jerusalén.  
Agradece su venida.

MARIAD. Con más extremo sintiera,  
señor, que el perder la vida  
el que la dicha perdiera  
siendo vuestra hija querida,  
quien interesa tener  
por mi dueño, prenda vuestra  
y el dejar de conocer,  
señora, en la corte vuestra  
lo que no sé encarecer,  
y en vos ha cifrado el cielo.

SALOMÉ. Respondan por mí los ojos  
á cuyas lenguas apelo.

FASELO. Para que destierre enojos,  
dad al Príncipe Faseo  
las nuevas de su ventura;  
que si entre luto y dolor  
hacer obsequias procura  
á su mal logrado amor,  
fénix es vuestra hermosura  
que de sí misma renace.

HIRCANO. ¿Qué suceso, hija querida,  
con tantos extremos hace  
que el peligro de tu vida  
las de tantos amenace?  
¿Qué te sucedió cazando?

MARIAD. Desgracias que venturosas  
temo y estoy deseando;  
pérdidas que gananciosas  
libre me están cautivando.  
En fin, con una caída  
que tras una garza di  
hasta el sol desvanecida,  
á un tiempo gané y perdí  
la libertad y la vida.  
Opuestos contrarios son,  
padre, los que necesitan  
imprudencia y discreción:  
¿hay razones que compitan  
con amor y obligación?  
Si á los umbrales me vieras  
de la muerte desmayada,  
y á elección de hambrientas fieras,  
que era presa mal lograda  
de su crueldad supieras,  
y un hombre entonces llegara  
que, cortés y piadoso,

segunda vez animara  
el cuerpo, que temeroso  
la muerte copió en su cara,  
con cuya ayuda volviere  
al cuerpo el alma constante,  
y mi honra defendiese,  
¿tuvieras premio bastante  
que igual á esta deuda fuese?

HIRCANO. Si aprecia el alma el amor  
que te tengo, mi corona  
no igualara su valor.

MARIAD. Y si acaso esta persona,  
entre la ausencia y rigor  
de los celos me adorara,  
y en aquella soledad  
con la ocasión consultara  
lances de la voluntad,  
que en estorbos no repara,  
y contra apremios de amor  
la voluntad lisonjera  
reconociera al valor,  
y sin mi ofensa saliera  
de sí mismo vencedor,  
al favor, padre, primero,  
¿qué pudieras añadir?

HIRCANO. Estatuas que el tiempo fiero  
no bastara á consumir,  
por más que vuele ligero.

MARIAD. ¿Y si éste fuera pastor  
y se sintiera injuriado  
que en premio de su favor,  
habiéndome así obligado,  
otro usurpara su amor?

HIRCANO. Ese descubriera el pecho  
que procuró honrar en vano,  
pues mostrara sin provecho  
que era en la ambición villano,  
si bien nacido en el hecho.  
Y pues premios apetece  
fuera de su natural,  
nada dalle me parece,  
que es bien á quien pide mal  
le quiten lo que merece.

MARIAD. Alegara, aunque villano,  
que le ofreció la ocasión  
tiempo, á no ser cortesano,  
en que á su satisfacción  
se pagara de su mano.

HIRCANO. No importara su porfia,  
pues con tan loco interés  
le quitó en un mismo día,  
lo que mereció cortés,  
su misma descortesía.  
Y tú, que por él alegas,  
si es verdadero el enima  
y por un rústico ruegas,  
¿cómo á un pastor sin estima  
las prendas del alma entregas?  
¿Quiéresle bien?

MARIAD. La ocasión  
en qué guardó mi honra y vida,  
¿no es digna de obligación?

HIRCANO. La que á su ser tosco mida  
la prudencia y la razón.

MARIAD. ¿Pagaréle con desdén  
su socorro liberal,  
Princesa en Jerusalén?

HIRCANO. Eso no.  
MARIAD. ¿Querréle mal?  
HIRCANO. Tampoco.  
MARIAD. ¿Querréle bien?  
HIRCANO. Eso sí.  
MARIAD. ¿Y el bien querer  
no es amar?

HIRCANO. Casi es amor.  
MARIAD. Luego casi he de tener  
voluntad á este pastor,  
que casi me vino á ver  
muerta, si no me ayudara.  
Pues un casi no es rigor  
que su fortuna haga avara;  
ni mira en puntos amor,  
ni nunca en casis repara,  
honra y vida me dió nueva  
honra y vida le he de dar,  
pues cuando á pedir se atreva  
lo que no puedo negar,  
¿qué le doy que no le deba?

HIRCANO. De tu mucha discreción,  
hija, has ya degenerado  
con tan indigna afición.

MARIAD. No hay mal nacido (1)  
ni en el noble ejecución  
de socorro recibido  
que no pague liberal;  
los réditos que han corrido  
igualan al principal,  
y á ejecutar me han venido;  
mas dime, si el acreedor  
en nobleza me igualase,  
¿mereciera que el deudor  
con la deuda le negase  
la obligación de su honor?

HIRCANO. Entonces por justo empleo  
de su valor te entregara,  
si tan lícito deseo  
la palabra no estorbara  
que he dado al Rey idumeo.

MARIAD. ¿No estriba la que me has dado  
en que me case con su hijo?

HIRCANO. En ésa me ha ejecutado.

MARIAD. Y si es padre del que elijo,  
¿no la habrás desempeñado?

HIRCANO. No hay duda.

MARIAD. Pues dale al cielo  
gracias, padre, que no ha sido  
pastor de rústico suelo  
el que, noble y comedido,  
quitó á mi honor el recelo,  
como el peligro á mi vida,  
sino un Príncipe que aquí  
pide paga agradecida  
de que, venciéndose á sí  
me restituya vencida.  
Y amor que estatuas le labra  
quiere, en fe de sus blasones,  
que templos la fama le abra,  
que pague yo obligaciones  
y tú cumplas tu palabra.

HERODES. Fortuna, que siempre ha sido

(1) Así en el original; pero el consonante, el metro  
y el sentido piden otro verso y completo.

juego de amor de importancia,  
de quien sale con ganancia  
á veces el más perdido,  
cuando más lo estaba yo,  
celoso y desesperado,  
volvió en mi favor el dado  
y en suerte su azar trocó,  
pues habiendo el caudal puesto  
de mi vida en esta mano

(Dale la mano.)

envidó su amor mi hermano  
y ganéle todo el resto.  
Un destierro fué el tablero,  
y jugador de ventaja  
amor, que el dado baraja  
con sospechas de fullero.  
Si su pérdida llorare,  
seguro estoy de perder,  
porque no pienso querer  
aunque envide y se repare.  
Cuando levantarme trato,  
dando barato á mi amor,  
en fe de que el jugador  
no juega en dando barato,  
ni será, padre, cordura  
impedir nuestro sosiego  
sabiendo que amor y juego  
consisten sólo en ventura.  
Mariadnes es mi esposa,  
si alguno intenta, tirano,  
barajarme aquesta mano,  
y esta suerte quitarme osa,  
no me juzgaré arrogancia  
castigar su desatino,  
como quien sale al camino  
á robarme la ganancia.  
Porque estoy determinado  
contra cualquiera poder  
á morir y defender  
el caudal que hoy he ganado.

ANTIPAT. Si es en tu favor el cielo  
y esa ganancia permite,  
no es bien que yo á Herodes quite  
lo que ha perdido Faseo.  
Hijos míos sois los dos,  
en un mismo grado estáis,  
si en competencia jugáis  
y perdéis, Príncipe, vos,  
ó esotro, cosa es que pasa,  
y yo en mi provecho alego  
la ganancia deste juego,  
pues, en fin, se queda en casa.  
La Infanta escoja, que es cuerda,  
y juzque esto el Rey Hircano.

HIRCANO. Si Herodes ganó por mano,  
Faseo por postre pierda;  
que en amor la diligencia  
gana de quien se levanta;  
dalde la vuestra á la Infanta,  
tenga quien pierde paciencia,  
y salgamos á alegrar  
mi corte, que os llora muerta  
de llanto y luto cubierta.

MARIAD. Sí, albricias tengo de dar  
de que el alma esposo os cobre,  
en fe que adeudada queda,



dadme abrazos que dar pueda,  
que sin ellos estoy pobre.

(Van á abrazarse, alborótase FASELO y  
légase á detener á Herodes.)

HERODES. Hermano: ya llegáis tarde;  
de la Infanta soy esposo,  
pierde amando el perezoso  
como en la guerra el cobarde.  
La ocasión y coyuntura  
mis bodas y dichas traza,  
que el amor, el juego y caza  
sólo consiste en ventura.

(Vanse Herodes y Mariadne de las manos.)

### ESCENA VIII

DICHOS, MENOS HERODES Y MARIADNES.

FASELO. ¿Qué es esto, padre cruel?  
Riguroso Rey, ¿qué es esto?

ANTIPAT. En la voluntad ha puesto  
su imperio amor; quejaos dél,  
si contra vos ejecuta,  
hijo, su gusto la Infanta,  
porque en resolución tanta  
sobre gustos no hay disputa.

(Vase con los dos.)

FASELO. Hircano, en el nombre fiero  
como en las obras: ¿ansí  
se cumplen palabras?

HIRCANO. Di:  
la que si cumpliros quiero  
halla mil dificultades,  
porque la Infanta hace ley  
de su gusto y sólo es rey  
amor de las voluntades.  
La de mi hija es absoluta,  
su gusto es fuerza seguir,  
que á intentalle resistir  
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. Hermana: decidme vos  
si esto es sueño ó es verdad.

SALOMÉ. Violencias en voluntad  
no las sufre amor, que es dios;  
pues que su gusto ejecuta,  
desbaratalle es en vano,  
pues, como sabes, hermano,  
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. ¿Sois vos, Príncipe, también  
desta tirana opinión?

ARISTÓB. Amor es obligación  
y su paga el querer bien;  
la ocasión, tercera astuta,  
y el gusto rey que soberbio  
dice, conforme al proverbio,  
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. La ley que no las admite  
no es hija de la razón,  
pues la ciencia y la opinión  
más probable las admite.  
Cuando, ciego, amor las quite  
y la acción que tengo tuerza  
su agravio, á vengarme es fuerza,  
tiranas resoluciones,  
que quien no admite razones

da permisión á la fuerza.  
Leyes la justicia escribe  
que llama el mundo derechos,  
y contra tiranos pechos  
armas la fuerza apercibe;  
cuando mi hermano derribe  
mi esperanza, y con desvelos  
me ofenda á mí y á los cielos,  
si mientras los ejecuta  
sobre gustos no hay disputa,  
tampoco hay templanza en celos.  
Marco Antonio en Asia rige  
la monarquía romana,  
y á la célebre gitana  
su idólatra amor dirige;  
ser su Emperador colige  
y oprimir la libertad  
de Roma, por tanta edad  
conservada en su Senado,  
conmigo noble ha guardado  
las leyes de la amistad,  
con César Augusto tiene  
guerras por la monarquía,  
que no admite compañía  
quien á amar ó á reinar viene.  
Su opinión mi fe mantiene  
contra su enemigo Augusto,  
y pues Herodes injusto  
á Marco Antonio se opone,  
hoy mi venganza dispone  
tragedias contra su gusto.  
Referiré á Marco Antonio  
mi agravio con su delito;  
sacando gente de Egipto,  
de su amistad testimonio,  
y afrontando el matrimonio  
que goza y tirano alcanza,  
verá con justa mudanza,  
pues ciego mi amor disfruta,  
que, si en gustos no hay disputa,  
hay en agravios mudanza.

### ESCENA IX

Salen dos ROMANOS.—DICHOS.

ROM. 1.<sup>o</sup> Marco Antonio, mi señor,  
que en prueba de tu amistad  
quiere en la necesidad  
hacerla de tu favor,  
antes que á la guerra parta  
que sobre el Imperio apresta  
contra Augusto, la respuesta  
aguarda de aquesta carta.

(Dale una carta.)

FASELO. A medida del deseo  
que tengo viene; esperanza:  
dad filos á mi venganza  
mientras su ejecución leo.  
(Lee la carta.) «A embarcarme parto á  
la isla de Samos, para reducir al  
trance de una batalla naval la pér-  
dida ó imperio del mundo contra  
Augusto, mi competidor. Llevo ocho-  
cientas naves y ciento y cincuenta

### ESCENA X

Salen PACHÓN, FENISA y un VERDUGO.

VERDUG. Ya está el potro aparejado,  
paciencia, hermano, ¿qué espera?  
Acabemos: ropa afuera.

PACHÓN. Quedaréme en verdugado  
cuando me quede con él,  
que es verdugo sin ser dama.  
Fenisa: si el potro es cama  
de nuestra boda cruel,  
á gentil boda, por Dios,  
nos convida el casamiento.  
¿No bastaba por tormento  
el casarnos á los dos?  
Supuesto que hay suegra en casa  
¿hay potro que más afrija  
que una suegra que, prolija  
rezongando al que se casa,  
gruñe más que una lechona?

FENISA. ¿En fin, que también á mí  
me empotran?

VERDUG. Hermana, sí.

FENISA. El que á nadie no perdona  
es un potro, ¡ay mi Pachón!

PACHÓN. Aunque el ánima me arrancas,  
tú irás, Fenisa, á las ancas,  
y yo me tendré al arzón.

FENISA. ¡Oh huego de Dios en potro  
que sin albarda ni cincha  
ni camina ni relincha!

PACHÓN. Ese potro, dómele otro,  
pues, no comiendo cebada,  
sin menearse de un puesto  
al rollo llega tan presto  
que es su ordinaria jornada.

VERDUG. Acaben.

FENISA. No se dé prisa.

VERDUG. ¿No se desnudan?

FENISA. ¡Ay cielo!

PACHÓN. Potro de palo y en pelo  
á caballo y en camisa,  
corcovos sin caminar,  
medroso en él, el más diestro  
al de encima con cabestro  
y al de abajo sin herrar.  
Atados el uno al otro,  
descoyuntando medulas,  
verdugo el mozo de mulas,  
¡válgate el diablo por potro!

FENISA. ¿Y qué tormento, si sabe,  
mos tienen de dar?

VERDUG. De toca.

FENISA. ¿Qué es de toca?

VERDUG. Abrir la boca,  
y toda el agua que cabe  
en un cántaro tragar  
con veinte varas de lino.

PACHÓN. No huera mejor de vino,  
¿agua es la que os han de echar?

VERDUG. Agua que aun no sufren peñas.

PACHÓN. ¿Con tocas un hombre honrado?  
¿Han mis tripas enviudado,  
ó son por ventura dueñas?

VERDUG. Así sacarse procura  
la pura verdad.

PACHÓN. Pues ¿cómo,

mil hombres. Todos los Reyes, mis  
amigos, muestran serlo en mi ayuda,  
y no espero yo menos de V. Alteza,  
estando en el primer lugar. Aventa-  
jaráse á todos si, trayéndome preso á  
su hermano el Infante Herodes, par-  
cial de mi contrario, aseguramos un  
enemigo poderoso, y será dichoso  
pronóstico de mi vitoria si para pre-  
mio della viene en su compañía la In-  
fanta de Jerusalén Mariadnes, cuya  
hermosura en relación me tiene sin  
libertad para uno y otro. Envío pro-  
visiones bastantes y aguardo la eje-  
cución por ellas de entrambas cosas.  
Los dioses me den vitoria y á V. Al-  
teza guarden. De Bizancio á las Ca-  
lendas de Junio, año de la fundación  
de Roma 754. Yo el Emperador.»

ROM. 2.<sup>o</sup> Estas son las provisiones  
que Marco Antonio te envía.

FASELO. Di que de la dicha mía  
son felices comisiones.  
Si la amistad se antepone  
al deudo que hay más cercano,  
y me ha ofendido mi hermano,  
su deudo y sangre perdone.  
¡Ay amorosos desvelos,  
lo que estas cartas precia  
si sus letras no borrara  
la sospecha de mis celos!  
A Mariadnes quiere ver  
en muestras de su hermosura  
Marco Antonio, y si procura  
juntar á amor su poder,  
¿qué hará en viendo sus despojos  
quien de oídas la celebra,  
si amistad y leyes quiebra  
amor que asiste en los ojos?  
Que se la lleve me pide,  
y aunque en la Egipcia idólatra,  
¿qué mucho deje á Cleopatra  
y obligaciones olvide  
de nuestra amistad pasada,  
que aunque la Gitana es bella,  
al fin para aborrecella  
basta ser mujer gozada?  
Perdonará su amistad,  
que no llega su valor  
á las aras del amor  
ni ley de la voluntad.  
Porque mis sospechas claras,  
aunque su amistad admiten,  
sólo que llegue permiten  
el amigo hasta las aras.  
El tentar á la fortuna  
no es cordura en tal manda,  
ni de dos cosas que manda  
será poco hacer la una.  
Prender á mi hermano quiero,  
que es lo que le está mejor  
á mi venganza y amor,  
porque de su muerte espero  
resucitar mi esperanza,  
aumentar mi patrimonio  
y granjear de Marco Antonio  
la amistad y la privanza.

(Vanse.)



si un cántaro de agua tomo,  
sacarán la verdad pura?  
VERDUG. Todo esto se excusará  
si confesáis este robo  
y estas muertes.  
PACHÓN. No es mal bobo  
su mercé. Pues venga acá.  
Si Fenisa algo supiera,  
¿luego no lo desbuchara?  
¿No sabe que no la para  
secreto que no eche fuera?  
¿Para qué eran menester  
potro, cordel ni testigos?  
¿No hay mayores enemigos  
que el secreto y la mujer?  
¿No ve que en las más calladas,  
cuando se ven en aprieto,  
es mal de madre el secreto  
que las hace dar arcadas?  
Ahora acabe de saber  
que meten por no guardalle  
los dedos para sacalle,  
Mas ¿qué es esto?  
VERDUG. Deben ser  
los jueces.  
PACHÓN. Fenisa: el miedo  
dentro el alma me da voces.  
FENISA. ¡Huego en potro que da coces  
que matan y se está quedo!

## ESCENA XI

Salen FASELO, HERBEL y otros.

FASELO. Mi padre y el Rey Hircano  
tengan, Herbel, por prisión  
el alcázar de Sión;  
y del presidio romano  
quinientos hombres los guarden,  
porque desta suerte trato  
que no estorben el mandato  
de Marco Antonio, ni aguarden  
que ruegos ni persuasiones,  
al tirano de mi amor  
han de poder dar favor  
ni aliviarle las prisiones.  
Esté también detenida  
la Infanta en su mismo cuarto,  
mientras á Grecia no parto  
á quitalle con la vida  
de su esposo la esperanza  
de gozar su libertad,  
mientras que mi voluntad  
lo que le usurpó no alcanza.  
Guardas la poned también.  
HERBEL. Así, gran señor, se hará.  
FASELO. Y por sus bodas verá  
tragedias Jerusalén.  
Salgan libres esos dos,  
pues inocentes están.  
PACHÓN. Mas, ¿no, nada?  
VERDUG. ¿No se van?  
PACHÓN. ¿Dónde?  
VERDUG. Libres.  
PACHÓN. Mas, ¿por Dios?  
FENISA. ¿Sin tormentos ni quillotos?

HERBEL. Ya los Infantes perdidos  
parecieron.  
PACHÓN. ¿Sin ruidos  
de tocas, aguas y potros?  
HERBEL. Acabad.  
PACHÓN. Adiós, rabel,  
por quien paga la garganta  
en el aire lo que canta  
bamboleos á un cordel.  
Cama mal encordelada,  
que en vez de chinchas y pulgas  
verdades buscas y espulgas;  
arpa siempre destemplada,  
donde con voces prolijas  
en vez del Orfeo sutil  
te tañe un verdugo vil  
y son piernas las clavijas,  
y brazos del desdichado  
á quien tus cuerdas dan vueltas:  
do las culpas van absueltas  
cuando no se han confesado.  
Que si á nuso Rey profeta  
las tuyas Dios perdonó,  
cuando aquél pecó, cantó  
al arpa con voz perfeta.  
Al que en ti cantó sus penas,  
porque otra arpa en ti se ve,  
apenas dice «pequé»  
cuando á muerte le condenas.  
Potro que, sin coyunturas,  
te quedas sano y entero,  
y el que llevas caballero  
sale con las mataduras.  
Corra tus carreras otro  
que, pues de ti me libré,  
más vale salir á pie  
que á la jineta en tal potro. (Vanse.)

## ESCENA XII

Sale EFRAÍM.

EFRAÍM. A tu hermano, gran señor,  
traen á tu presencia preso.  
FASELO. Que temo velle os confieso,  
que, aunque á mi sangre es traidor,  
es mi hermano, y mis enojos  
su presencia ablandará,  
que es mi sangre, y se entrará  
al corazón por los ojos.  
Pluguiera á Dios que no fuera  
tan á costa de mi vida  
la injuria dél recibida,  
que si yo vivir pudiera  
sin la prenda que me ha hurtado,  
viera en mí la diferencia  
que le hace la clemencia  
de que noble me hepreciado.  
Sin la Infanta será en vano  
adorándola vivir,  
y si él uno ha de morir,  
viva yo y muera mi hermano,  
vengándose mis enojos  
sin verle, que en tal demanda  
amor, como es niño, ablanda  
niñas que están en los ojos.  
Llevalde preso conmigo,

que, si á la Infanta renuncia,  
la muerte que ya pronuncia  
Marco Antonio, su enemigo,  
contra él, vuelta en amistad,  
celebraré en su favor  
los quilates de mi amor  
y la ley de mi piedad. (Vanse.)

## ESCENA XIII

Salen HERODES preso y JOSEFO.

HERODES. ¿Por qué sin verme te vas,  
tirano? ¿Por qué razón  
temes mostrarme la cara,  
si es de infames el temor?  
Las espaldas me volviste;  
mas, haces bien, que al fin hoy  
echas, vendiendo tu sangre,  
á las espaldas tu honor.  
Vuélvelas y podrás verme  
por ellas, que ya sé yo,  
villano, que las espaldas  
son la cara del traidor.  
Medrando vas en oficios:  
ayer Príncipe te vió  
Idumea; hoy, mercader;  
creciendo va tu opinión.  
A feria de afrentas vas,  
caudal llevas de valor,  
abre tiendas á tu infamia,  
venda en ellas tu traición  
tu misma sangre, que della  
sacarás caudal mayor,  
que fraticida primero  
materia de tu lición.  
Si te sentiste agraviado  
de que me pusiese amor,  
siendo juez la voluntad,  
en la hermosa posesión  
de la Infanta, armas tenías,  
desafíos aplacó  
la venganza y el agravio  
donde pudieras mejor  
vengar injurias del alma,  
que no vil pesquisidor,  
cifrar armas en procesos,  
civil juez de comisión.  
Agraviarte de que goce  
despojos que la ocasión,  
el tiempo, la soledad  
y hasta un desmayo ofreció  
al deseo, que cortés  
de sí mismo vencedor,  
obligando comedido  
generoso conquistó.  
¿Y no te agraviaras de ser  
afrentoso ejecutor  
de quien, torpe, solicitas  
menosprecios de tu amor?  
¿No te pide Marco Antonio  
la Infanta? ¿No te escribió  
que, preso de su belleza,  
intenta ser su opresor?  
Pues, dime, amante tercero:  
¿parécete que es mejor,  
en ofensa de tu dama,

ser mercader de su honor?  
¿Que, gozándola tu hermano,  
obligarnos á los dos,  
cortesano liberal,  
á darte inmortal blasón?  
¿Tú eres Príncipe? ¿Tú, hermano?  
¿Tú, amante? ¿Tú...?  
JOSEFO. Gran señor:  
¿de qué sirven esas quejas?  
HERODES. De aliviar el corazón.  
¡Ay, Josefo! ¿Cómo puedo,  
cuando sé que á morir voy,  
dejar en Jerusalén  
el alma en tal confusión?  
¿Podré yo tener descanso,  
cuando en un infierno estoy  
de celos, si mi enemigo  
de mi Infanta es sucesor?  
Hoy á mi esposa he alcanzado,  
pues ¿será justo que hoy  
llame dueño con mi muerte  
á mi ingrato matador?  
Ya á FASELO llame esposo,  
ya al cruel Emperador,  
siendo un preso de su gusto  
de afrentosa posesión,  
¿qué gloria en el otro mundo  
tendrá el alma que la amó,  
si despojos que ha ganado  
premio de otro dueño son?  
¿Quieres tú darme remedio?  
JOSEFO. Pluguiera, Príncipe, á Dios,  
que hallaran en mí tus penas  
segura satisfacción.  
HERODES. Si la hallarán, si eres fiel.  
JOSEFO. Siempre te tuve afición.  
HERODES. En Jerusalén te deja  
por sabio Gobernador  
mi tirano fraticida;  
á los muertos es razón  
satisfacer los amigos  
dando muestras de su amor;  
no túmulos de Artemisa,  
no aromas que exhala el sol,  
no pirámides de Menfis  
han de hacer ostentación  
de la lealtad que me debes,  
sino una resolución,  
quilate de tu amistad,  
descanso de mi pasión.  
JOSEFO. Cuanto más difícil fuere  
dándome fama mayor,  
ilustrará más mi nombre  
y honrará mi sucesión.  
La vida y el ser te debo;  
hechura, Príncipe, soy  
de tus manos; deshacerme  
puedes, seguro dispón  
de mí y della á tu servicio.  
HERODES. Júrame, pues, si no son  
lisonjeras tus promesas,  
de ser fiel ejecutor  
de lo que aquí te mandare.  
JOSEFO. Niégume su amparo Dios,  
su sepultura la tierra  
y el mundo su habitación  
cuando no lo ejecutare,